

lado, es una buena mujer y de muy buena familia, relacionada y emparentada con grandes personajes, según ella misma dice, que aquí nadie se lo cree; pero es la señora más cócora y más exigente... Ya nos tiene hasta aquí con que si su niña vale más que la otra dama, y con sus parientes y sus amigos, y con que ellas no necesitan del teatro, y otros embustes del mismo género, como si los demás fuésemos tan inocentes que fuéramos á creer que la niña sale ahí todas las noches sólo por hacer favor al público y por amor al arte... Sí, sí, buenas y gordas; la verdad es, y como me lo han dicho lo digo, sin intención de agraviarlas, que hay sus dudas sobre si la madre ha tenido ó no prendería en las Américas (1), y sobre si el padre es uno de esos que compran trapo y hierro viejo. Yo no sé qué pensar de esto que se dice, pero ya sabe V., don Marcos, cuando el río suena... El galán joven hace cocos á la niña, que es seguramente lo único que sabe hacer; eso sí, él es un buen muchacho, entusiasta del arte como todo principiante, pero amigo, ha estado dos años en provincias, y ha vuelto á la corte con todos los resabios que se adquieren cuando no se tiene un buen director y cada uno se abandona á su propia inspiración. Y esos cómicos de provincia (cuidado que no trato de ofender á nadie) pien-

---

(1) El Rastro.



san que con tener una figurilla regular y manotear mucho, y ahuecar la voz, y hacer visajes con la boca, se encuentra uno en un dos por tres un actor hecho y derecho.

El gracioso gusta mucho al público, no hay duda, y sería un mal para el teatro que nos abandonara algún día; pero esa es una de tantas cosas que suceden en el mundo sin saber por qué, sin motivo fundado alguno, sin otra razón que la de que vale más caer en gracia que ser gracioso: este nuestro ha caído en gracia, y el público, aunque diga una necedad, que no dice pocas de su cosecha, destrozando lastimosamente los versos, lo celebra y lo aplaude; así es, amigo mío, que el infeliz se ha llegado á creer una potencia, y sacrifica á toda empresa que le ajusta.

La que no tiene pero, Sr. D. Marcos, es la característica, y le felicito á V. por su adquisición. Es una actriz de peso (esto era una verdad; la dama de carácter era una señora de tomo y lomo) y de una pasta de ángel y aficionada al trabajo, que no hay otra. Eso sí, con los compañeros no se conduce muy caritativamente que digamos, y siempre es ella la inventora de todos los chismes y el origen de todas las rencillas de bastidores; capaz es de poner en guerra á los mismos Santos Inocentes, y de levantar un falso testimonio á San Antonio Abad. Tiene una *lengua de hacha*, más temible que una

carga de caballería, y una envidia que no sé cómo la deja engordar. Alegre de cascos no hay que decir, y si no ¡que lo diga su marido!... ¡pobrecito! ¡Cuánto sufrió en este mundo con la tal mujer!... Eso sí, lo que es él no tenía mucho que echar en cara á su costilla, porque yo no he visto nunca hombre más sin vergüenza, y más despreocupado, como él decía; un holgazán eterno, siempre en el garito y en la botillería y con un talento para el arte como un perro de aguas; pero le ajustaban por su mujer, que entonces estaba en toda su fuerza, entonces sí que se la podía oír; pero ahora, amigo D. Marcos, sin que esto sea rebajar su mérito, la tal Sebastiana es poco menos que una nulidad.

Con quien me parece que tendrá V. que rifar muy pronto es con el galán de carácter; es un buen actor, no puede negarse; pero amigo tiene unas exigencias con todas las empresas y unos humos de eminencia, que no hay quien lo sufra. Á mí no me puede ver, porque como yo digo las verdades, ahí ve V.

—Sí, señor, dije interrumpiéndole; ya veo que es usted un santo varón.

—Yo, amigo D. Marcos, á mi trabajo y nada más. Yo no me meto nunca en asuntos ajenos, y dejo que cada cual se componga como pueda. Nunca me ha gustado la chismografía.

Ya habrá V. comprendido que aquel hombre era una víbora, un sér miserable como tantos

que hay en el mundo, enemigos implacables del prójimo, sobre todo del prójimo débil á quien pueden herir y matar impunemente: uno de esos hombres que nos abrazan con mucho cariño, al parecer, el mismo día en que acaban de atentar contra nuestra honra, ó de prepararnos un golpe que nos deja maltrechos y arruinados, uno de esos hombres que tienen el privilegio de darle á un cristiano la noticia de que lo han dejado cesante, ó de que su mujer le engaña, ó de que va á venir el cólera, ó de otra calamidad por el estilo; uno de esos pobres mortales que sin valor, sin capacidad, sin ninguna de las nobles cualidades que constituye la superioridad del hombre, recurren á la fuerza de la cobardía, que es también una fuerza, y adoptan las armas traidoras de la envidia para herir y vencer á los que digna y noblemente se abren camino en el mundo á fuerza de trabajo y de constancia, sin pretender estorbar que hagan lo mismo los demás.

Pero dejaré estas reflexiones, que juzgo ociosas, puesto que no han corregir á quién se las pueda aplicar, y continúo.

Ya dije que la madre de la dama joven graciosa, me había pedido algunos minutos de audiencia. Según aquella señora, su hija era víctima de mil abusos, y siendo su mérito superior á todo encarecimiento, la tenían postergada, sin otra razón que una antipatía que ella no se explicaba y yo tampoco, y que nadie podría

explicarse, puesto que según pude advertir, no existía más que en la mente de la celosa mamá.

—Mire V., D. Marcos, me dijo, aquí están á matar con mi hija; por más que la niña estudia y por más que es la que tiene menos sueldo, en tanto que á la otra la dan un duro más y la hacen trabajar menos. Y eso no debía de ser, porque al mismo tiempo entraron las dos, y la niña entró con el *conque* de que habían de tener igual sueldo: luego se descubrió la verdad, porque como la otra es tan habladora, no lo pudo callar, y ella misma nos lo contó para que á esta pobrecita se la llevaran los demonios. Ya sé yo por qué hace eso D. José; como siempre le hemos recibido con cara de perro cuando ha venido con bromitas y canciones, y la niña no está más que á su trabajo, y pare V. de contar, ahí tiene V... Porque francamente, D. Marcos, esto no es para nosotras que no estamos acostumbradas á tratar con esta gentecilla .. ¡Válgame Dios! ¡Qué no me ha de dar una suerte de lotería y eso que estoy jugando hace veinte años para hacer la cruz al teatro, y á los cómicos y á las comedias! Pues sí señor, la otra es una alhaja que ¡ya, ya! Bien sabe vivir la pobrecita. Ya se sabe, D. José siempre la da el mejor papel, y á esta pobre un papelillo cualquiera de criada ó niñera, cuando debía ser al contrario, porque á mi hija, aunque me esté mal el decirlo, en papeles de sentimiento no habrá

muchas que la igualen, y como ha recibido muy buena educación, porque su padre tenía posibles para dársela ¡ojalá no se hubiera muerto! no puede, aunque lo mande Dios, tener esas maneras y ese descoco que se necesitan para lo cómico. Aquí, señor D. Marcos, están cambiados los papeles, porque la otra es la que debía hacer todo lo cómico, y mi hija lo serio. ¿No ve V. qué traza de rabanera tiene la otra?...

—Vamos, mamá, dijo á este tiempo la niña, déjela V....

—No quiero, contestó; no quiero ser tonta como tú; así hacen de tí lo que les da la gana. Á fe, á fe que con la otra no jugarían; sí, sí, ¡bonita es la niña! capaz de acusarle las cuarenta al lucero del alba. ¡Y eso es lo que se necesita en el teatro! Pero esta niña sufre y calla, y luego en casa es donde se queja y llora, y toma unas rabietas que el mejor día le van á producir una enfermedad. Yo le aseguro á V. que desde que empezó el año tengo más bilis... Figúrese V. que todas las comedias nuevas de buenos autores, en que había papeles de lucimiento, se las han dado á la Gertrudis y á la otra, y á mi niña todas las viejas que las saben hasta las ratas, y sólo una nueva, aquella de aquel polluelo que escribe las revistas en *La Luna*, que no sé cómo no los mataron, porque yo no he visto silba más estrepitosa.

—¿Y qué es lo que V. desea? pregunté á aque-

lla señora, que no tenía seguramente intención de terminar su exordio.

—Lo que deseo, Sr. D. Marcos, es que vea usted de remediar esos abusos y que la niña no sea menos que nadie, y que se le den buenos papeles, y que si la otra tiene beneficio lo tenga también mi niña, y que se igualen sus sueldos, y que sepan ustedes que están tratando con unas señoras. El público no ha visto aun á mi niña en los papeles de su cuerda, que cuando la vea ya verá V. qué caso hace de la otra; ya verá V. de qué le sirven los ramos que le echan una docena de pollos, que siempre trae al retortero y que se vienen á hacer el oso desde las butacas de orquesta para que ella los mire y el público vea que los mira. ¡Jesús! ¡qué peste de pollos! ¡Bendito sea Dios! ¡que á mi niña no le gustan los pollos! Lo que ellos quisieran sería venir también en los entreactos al cuarto de la niña, que siempre andan buscando quien los presente; pero nosotras no estamos por eso. Luego empiezan las habladurías, y, ya se sabe, quien más pierde siempre es la mujer. Así hablan de la otra, que hay que taparse los oídos.

Yo no me los tapé para oír más, pero D. José apareció muy oportunamente con el presupuesto, y vino á consultármelo. El tal presupuesto ascendía á 6.000 reales diarios; pero como el teatro hacia 10.000 me quedarían 4.000 que es un buen sueldo.

—Calcularemos, me dijo D. José, la entrada en 8.000 un día con otro.

—Calcúlela V. en 6.500, y si se realiza este cálculo me daré por muy satisfecho.

—Poco resultado quiere V. para su empresa, observó el primer actor.

—Me contento con 15.000 reales de utilidad cada mes, y hasta con 10.000, y hasta con 6.000

—Pues es seguro.

—¡Ojalá! Y ¿cuándo damos principio á las funciones?

—Pasado mañana. Pondremos el drama *El Hombre de la selva negra*.

—Pero ese drama es muy viejo.

—No importa: es uno de mis papeles, y el público me aplaude á rabiarse siempre que lo hago.

—¿Pero se llena el teatro?

—Eso por supuesto; ¿había de trabajar yo cuando no hubiera gran entrada?

—Pues bien flojas entradas ha tenido V. antes, y trabajaba V. sin embargo.

—Es que antes...

—Antes oí decir al barba, que no creía seguramente que yo le oía, no teníamos *caballo blanco*.

—Vamos á redactar el cartel, dijo el primer actor.

Y se escribió el siguiente:

*Función 1.<sup>a</sup> de abono.—2.<sup>a</sup> Serie.—Primer turno.*

(Y no había ni un abonado.)

1.<sup>o</sup> Sinfonía de *El caballo de bronce*.

Si llega á poner de *El caballo blanco*, me parece que yo no hubiera sido empresario ni un minuto más.

2.º 490 representación del acreditado drama traducido del francés, titulado:

*El Hombre de la selva negra,*

en el que tanto se distingue el primer actor y director D. José N., y que tantos aplausos le ha valido en todos los teatros de España, y tantos elogios de la prensa, sin distinción de colores políticos, ensayado y dirigido por el citado primer actor y director D. José N., á quien acompañarán las señoras y los señores siguientes:

3.º Terminado el drama, y para dar descanso al primer actor y director D. José N. que tanto se fatiga en el desempeño de su difícil é importante papel, se ejecutará el baile en un acto, compuesto por el director Frasquito Morales, y en el que tomará parte la primera bailarina doña Adela Pérez, titulado:

*La estrella polar ó la maja y el majo.*

4.º *El Miserere...*

—¡Cómo! dije al director, creyendo que quería que lo cantase yo.

— Del *Trovador*, continuó para tranquilizarme.

5.º y último. La comedia en un acto *Mientras dura, vida y dulzura*, en la que volverá á presentarse el primer actor y director D. José N, á pesar de haber tomado parte en el drama, y para complacer al público, que desea verle eje-

cutar los quince caracteres diferentes del papel que desempeña en la citada pieza, que son: una vieja, una viuda joven, un escribano, un ladrón, un capitán de coraceros, un miliciano, un mudo, un médico, un sacristán, una manola, un alguacil, un ciego, un ministro, un moro y un oso blanco.

Tratáronse después otras cuestiones graves, entre ellas, la de las alabardas: yo me oponía á que en el teatro entrara de valde ningún nacido, pero los actores se sublevaron, y todos me pidieron entradas para sus familias, y un palco el director y otro la Gertrudis.

Se habló de las comedias nuevas que habían de hacerse, y el director repartió un drama de un autor, gran amigo suyo, y cuyo nombre había yo visto en los periódicos, en medio de censuras más ó menos severas, y pocas veces elogiado.

El drama era histórico, y se titulaba *Todo es mentira*, y era verdad, porque yo, que le oí leer el día siguiente, me encontré cada falsedad histórica, que se estremecería en su tumba el mismísimo P. Mariana.

—*La mise en scene* de este drama, dijo el director, nos costará 2.000 duros.

—Sea en hora buena, le dije, creyendo, como soy Marcos, que los iban á pagar él y el autor.

—¿Tiene buen papel para mí? dijo la dama joven.

—Una muchacha que no ha conocido á su

padre, que luego resulta ser el Rey Felipe IV.

—Si Felipe IV levantara un momento la cabeza, dije yo, el demonio me lleve si no llenaba un presidio con todos los autores que le han levantado falsos testimonios.

—¿Y el papel de la niña?... preguntó la mamá de la graciosa.

—La nodriza de la hija del rey.

—Eso es, ¿no lo dije yo?—exclamó la buena señora no pudiendo disimular su disgusto.—¡Á ver si mi hija tiene facha de ama de cría! ¡Digo! y lo menos que tendrá serán 30 años.

—Lo menos; la hija del rey tiene 15...

—¡Vaya, vaya! nosotras no podemos pasar por eso. Usted, añadió encarándose con la hija de Felipe IV, que ya es casada y sabe lo que son hijos, debe hacer ese papel...

—¡Yo! ¡Estaría bueno! ¡Y si D. José ó el autor me lo hubieran dicho, pase; pero sólo porque V. lo diga...

—Pues mi hija me parece que no ha quedado para hacer esos papeles de gente mercenaria, de baja extracción.

—Tiene razón esta señora, dijo el barba: esos papeles no cuadran á su hija y debería cambiarse el reparto.

—¿Ve V. cómo el señor cree lo mismo que yo?

—Sí, por oír cómo os ponéis de ropa de pas-cua, murmuró el barba al oído de la característica.

—¿Y yo no tengo nada? dijo doña Sebastiana.

—Sí; una dama de la corte.

—Estará V. en carácter, añadió el barba, y volviéndose á mí, me dijo con su eterna risita: —Ya se sabe, para cortesanas, doña Sebastiana.

—¿Y quién hace el rey? pregunté.

—El señor; y D. José señaló al galán de carácter.

—Rey... de copas, murmuró el barba.

—Y V. ¿qué papel tiene D. José?

—El conde-duque, un traidor muy bueno.

—Si fuera malo, lo haría yo, me dijo el barba; pero como aquí lo *bueno* es D. José, ahí ve usted... ¡Cómo ha de ser!

—Tengo aquí un parlamento, dijo D. José, que ha de producir mucho efecto, pero es preciso hablarlo muy bien.

—Pues tenga V. por seguro que el drama true-na, volvió á decirme el barba.

—¡Oigan ustedes! y D. José comenzó á leer declamando.

¡Oh! mi conciencia tirana  
me grita ya sin piedad;

—No gritará tanto como tú; murmuró el barba.

«Tú has hecho á S. M.  
una partida serrana.

—Hombre, continuó el barba, qué bien le cuadra eso á D. José. Á mí me ha hecho ya más de cuatro, y á V. se la hará el mejor día.

Por tí la esposa querida  
perdió el amor á su esposo.

—¿Qué dirá á esto el marido de la dama joven?... murmuró la característica.

Por tí acaso el rey celoso  
armará un brazo homicida».

—Don José puede vivir descuidado, contestó el barba; al *celoso* de aquí no le da tan fuerte.

«Eres mónstruo de ambición  
y de soberbia y de orgullo.

—¡Ni pintado! dijo doña Sebastiana.

—Tiene más que D. Rodrigo en la horca, añadió el barba.

Y el rey se durmió al arrullo  
de tu inmunda adulación».

—Aquí es V. el rey, Sr. D. Marcos, me dijo el barba.—¡Cuidado con dormirse arrullado por don José.

¡Has pensado en tu delirio  
una corona obtener!...

—¡Ya lo creo! ¡su dinero le cuestan las que le echan! dijo la característica.

Y al rey has ido á poner  
la corona del martirio!

—Sí, y á nosotros también, contestó el barba.

Quizás cuando te parezca  
que á ceñir la tuya vas,  
entre un pueblo te verás  
que te insulte y escarnezca.

—Justo, cuando concluya el drama, dijeron



al mismo tiempo los dos ángeles malos de la compañía, el barba y la característica.

—Pues todo el drama es así, dijo D. José; hay tres papeles de empeño: el conde-duque, el rey y su hija.

—¿Ven ustedes? dijo la madre de la graciosa; y los demás no son hijos de Dios.

Se dispuso el paso de papeles para el día siguiente, y se levantó la sesión.

Llegó el día de la representación, primera de mi empresa y 490 de *El hombre de la selva negra*. El primer actor me había asegurado que tendríamos un *lleno*, pero lo que yo le puedo asegurar á V. es que tuvimos un *vacío*, desgracia que no se explicaba mi hombre, siendo él el de la *Selva negra*; pero que yo me expliqué perfectamente recaudando 2.000 reales y desembolsando 4.060 para cubrir el presupuesto.

No es para contado lo que sufrí aquella noche. Algunos de los alabarderos de la empresa anterior, cuyos nombres había borrado de la lista, y no pudieron hacer servicio en aquella función, vinieron á mí, exponiendo los unos su derecho, invocando los otros sus méritos y amenazándome algunos.

Y ¡qué cosas oí de mi humilde persona en los *pasillos* de los vestuarios! Todas las actrices y todos los actores tenían su cohorte de parientes, amigos, protectores y apasionados; y en cada vestuario se murmuraba de lo lindo, tanto de

mí como del director, como de los demás.

Donde más se murmuraba era en el cuarto del barba.

Desde el pasillo oí perfectamente:

—¿Quién es el empresario?

—Un alguacil, decía el barba; le ha caído la lotería, y para que le caiga otra vez se ha metido á empresario; él es un caballero, no agraviando lo presente; pero entiende de teatro lo mismo que el caballo de la plaza Mayor.

—¿Y cuándo se hace el drama nuevo? preguntaba uno que luego supe era propietario de un periodiquito de toros titulado *El Talento*.

—Cuando D. José lo disponga. Pronto tardará.

—¿Y qué tal es el drama?

—¡Hombre! yo no quisiera ofender al autor, pero me parece que es bastante malo. Tiene muy *buen verso*, eso sí, pero le faltan *efectos de relieve*, el argumento está muy *desleído*, y luego no tiene tampoco más papel de *punta* que el de D. José, y ese se reduce á mucho sermón y mucha moral; y ya saben ustedes que el público suele decir á todo eso: *y á mí ¿qué?*... El autor ¡pobrecillo! se hace muchas ilusiones, pero me parece que si dura tres noches, ya se puede dar con un adoquín en la cabeza.

En el cuarto de la dama joven graciosa, era la madre de ésta la que tenía la palabra.

—La niña no debía haber trabajado anoche,

decía aquella descontentadiza señora, porque hoy ha tenido un sofoco muy grande con el papel que le han dado en el drama nuevo, y está, ya la oyen ustedes, que no puede hablar. ¡Maldecido sea el drama, amén, y quien lo escribió!

—¿Pero tan malo es el papel? preguntaba uno de los adoradores de la niña.

—Ni de estraza, contestaba la madre. ¡Nadal no tiene un aplauso siquiera. Y luego hágase usted un traje.

—Un traje... ¿De qué? ¿de qué? dijeron tres ó cuatro á la vez.

—¿De vestal?

—¿De reina?

—¿De aldeana?

—¡Quiá! ¡no, señores! De pasiega.

—¡Calle! ¿es un drama de costumbres?

—Sí; de malas costumbres, de no sé qué época; pero el papel de la niña es una nodriza.

—Bien, mamá observó la niña, pero no se viste como ahora.

—Pues yo he visto siempre las amas de cría vestidas del mismo modo.—¡Ya! ¡ya! mire V. que ha sido idea la del autor! ¡Mucho es que no la ha hecho salir con el niño en brazos!

—Yo pondré una gacetilla, dijo el otro de los tertulios, para que le den á Pilar otro papel.

—Sí, sí, buen caso hace de gacetillas D. José. ¿No ve V. que está interesado en que se luzca la otra?

—Pues pondré otra contra la empresa que tolera esos abusos.

—Sí, sí, ¡buen animal debe ser el empresario! Anoche, cuando se repartió, por más que yo dije para que cambiaran de papel la otra y la niña, se hizo el desentendido. En fin, ¿que se puede esperar de un cualquiera que ha tomado la empresa sólo por proteger á una bolera?

—¡Calle! ¿También eso?... Pues que se descuide y se lo planto en el periódico.

Terminó el entreacto, y los apasionados se fueron á ocupar gratis sus butacas, y los actores á la escena.

Yo fuí prudente, y no dije cuatro cosas á la mamá de la graciosa ni emprendí á golpes con el barba, porque D. José me había dicho aquel mismo día que todo eso y mucho más debería oirlo como quien oye llover.

—¿No me decía V. que tendríamos *lleno*? dije á D. José que se paseaba entre bastidores, esperando que le tocara salir.

—Y lo hubiera habido; pero amigo, como se dice por ahí si va á haber jarana, el público se reserva.

—¿De veras? repuse asombrado de aquella noticia, que no me parecía verosímil.

—Sí, señor: ahora lo acaba de decir en mi cuarto el director de *El Pueblo Soberano*, que probablemente estará metido en el ajo.

—¿Cómo?... ¿El pueblo?...

—No, señor; es un periódico... Y me ha ofrecido ponernos mañana un *bombo*...

—¡Qué! ¿no basta con el que tenemos?

—¿Cuál?

—El de la orquesta.

—No es eso, hombre; un *bombo* se llama un sueldo en alabanza de los actores y de la empresa.

—¡Ah! ¡Ya! se lo agradezco; pero más le agradecería que me llenara todas las noches el teatro.

—Eso ya lo verá V. en cuanto yo me proponga trabajar.

—Pues yo creí que desde el momento en que usted se proponía cobrar un sueldo, se proponía también trabajar.

El traspunte vino en esto, y con cierta autoridad dijo á D. José: *Prevenido, D. José*, y éste se previno á salir por el foro arrugando las cejas, y poniendo la cara que requería el argumento.

Confieso á V. amigo mío, que pasé muy mal rato, al convencerme de que me hallaba entre gente egoísta é ingrata, que, debiéndome el pan que comía, me desprestigiaba y me escarnecía, como pudiera hacerlo respecto de su mayor enemigo. Cuando terminó el tercer acto de *El hombre de la selva negra*, hallábame casi arrepentido de haberme empeñado en tan arriesgada empresa, y no dude V. que me hubiera salvado, renunciando á proseguirla aquella misma noche, si el público hubiera saludado con una estrepitosa y

oportuna silba la aparición en *La estrella polar ó el majo y la maja* de mi idolatrada Adela. Créalo usted, si yo hubiera visto derribado y mal trecho el ídolo de mi amor, la razón hubiera recobrado en mí su imperio, y hoy me tendría usted para lo que gustase mandar clavado aun en el sillón de baqueta de mi juzgado de paz, cumpliendo mis deberes con el celo é inteligencia que, en mejores tiempos reconocían en mí todos los demandantes que producían su queja ante el infrascrito secretario.

Pero estaba de Dios que había de apurar todas las amarguras de mi temeraria empresa, y Adela hizo furor. ¡Qué de *bravos*! ¡qué de coronas! ¡qué de flores! ¡cuántas palomas! ¡cuántos dulces!

¿Y cómo gozaba yo en aquella ovación? ¡Tentado estuve de salir á la escena y decir, saludando conmovido: «¡Gracias, amado pueblo!»

Adela por su parte hizo prodigios con aquellos pies que se ha de comer la tierra; estuvo á la altura de las circunstancias; se excedió á sí misma.

Cuando bajó el telón, el público pidió la repetición del baile, y hubo que acceder á su deseo, y Adela y yo gozamos de lo lindo, viéndonos objeto de tan entusiasta manifestación. Porque el triunfo de Adela era mío, legítimamente mío.

¿Qué me importaba ya que aquel gacetillero

publicara en el periódico el secreto de mi empresa?

Yo mismo hubiera querido publicarlo en todo el mundo en aquellos momentos.

Terminado el baile, me encontré decidido á vencer ó á morir en la demanda, y á no dejar de ser empresario hasta haber perdido el último ochavo, y apurado otros medios que hay para ser empresario, sin tener una peseta.

Lo primero que hice al despertar el día siguiente, fué ir á la contaduría y leer los periódicos.

He aquí algunas gacetillas de las dedicadas á dar cuenta de la inauguración de mi empresa:

«Anoche volvió á abrirse el teatro de... Se puso el drama *El hombre de la selva negra*, en el que el eminente D. José... se hizo aplaudir con entusiasmo del escogido público que llenaba todas las localidades. (Mentira.) — En este teatro se ensaya el drama *Todo es mentira*, original de un conocido escritor que obtendrá seguramente un lisonjero éxito.—El inteligente y activo empresario D. Marcos Sánchez, se ha propuesto que su teatro sea el centro de la buena sociedad de Madrid, y lo conseguirá sin duda.»

Mucho decir era esto; pero podía perdonarse la hipérbole en gracia de que el autor de la gacetilla era, según me dijeron, el del drama que se ensayaba.

Otra. «En el teatro de... sucede una cosa muy particular, y es que el empresario y el di-

rector de escena reparten arbitrariamente los papeles, no teniendo en cuenta el mérito de las actrices, sino el más ó menos favor que cada una tiene cerca de uno ú otro de esos dos señores. No se comprende de otro modo que en el drama *Todo es mentira*, que se ensaya ahora, hayan dado á nuestra amiga la simpática actriz la señorita doña Pilar N... un papel secundario, cuando de derecho le correspondía el repartido á otra dama de la compañía. El público se encargará de hacer conocer su error á los caciques del tal teatro, no sancionando con su asistencia tamaños desafueros.»

Esta gacetilla estaba escrita por el gacetillero, amigo de la dama joven graciosa; recuerde usted la conversación que yo oí á la puerta del vestuario de la Pilarcita.

Otra. «D. José N. . no sabe representar más que cinco ó seis dramas, y los representa siempre, aunque el público siempre se los ha visto representar y ya no quiere verlos más. Anoche volvió á regalarnos *El hombre de la selva negra*; la entrada muy floja.

Desengáñese D. José... si cada semana no pone una obra nueva, la empresa no podrá sostenerse mucho tiempo.»

El autor de esta gacetilla era por lo visto hombre imparcial y que no se mordía la lengua.

Otra. «Con mucho placer consignamos el triunfo alcanzado anoche por el distinguido y

popular artista D. José... en el desempeño del drama *El hombre de la selva negra*. Es imposible rayar á más altura que anoche D. José... en el difícil papel que en esa obra representó. No podía esperarse otra cosa de un artista que es coreligionario nuestro.

Tampoco debemos pasar en silencio el triunfo que logró la nueva bailarina Adela N... en el baile nacional *El majo y la maja*. En vano ha querido la reacción desprestigiar ese espectáculo tan del gusto del pueblo, ese poderoso mártir, cuya voz se puede ahogar, pero cuyo instinto se manifiesta siempre, á despecho de la tiranía. El baile nacional es eminentemente popular y patriótico, y está destinado á triunfar de toda invasión, y á trasmitirse de generación en generación, como todo lo que se refiere á nuestras libertades patrias. El pueblo aplaudió anoche con entusiasmo á Adela N... y esta es una prueba evidente de la ineficacia de los escrúpulos y las reclamaciones de algunos periódicos mogigatos, que ven un peligro en el baile nacional. Recuerden esos diarios aquel axioma latino «*Vox populi vox Dei.*»

El director del *Pueblo soberano* era el autor de las precedentes líneas.

Yo hubiera querido elogios menos revolucionarios para la pobre Adela, que no bailaba seguramente por amor al soberano pueblo, sino por amor al dinero soberano.

---

En las demás gacetillas se consignaba el triunfo de Adela.

Se repetía aquella noche la misma función, y á la una de la tarde se *había hecho* la mitad de la entrada. Evidentemente, el público empezaba á mirarme con buenos ojos.

El teatro estuvo lleno y se *vino abajo*, cuando Adela apareció. Afortunadamente, no hubo que lamentar más desgracia que un *insulto* que le dió á la primera bolera que antes de mi entrada en la empresa imperaba como reina absoluta, y que había venido á quedar en situación de reemplazo desde que ocupaba su puesto mi protegida. Aquella artista no pudo ver con calma la ovación de que era objeto la que pocos días antes estaba obscurecida en el cuerpo de baile.

Así es el mundo, amigo mío: unos suben y otros bajan: unos entran y otros salen: y difícilmente se encontrará quien pueda andar el camino de la vida, sin tener necesidad de echar la zancadilla al prójimo, y V. perdone el modo de señalar.

---

## IV

### Los autores.

Ahora, si no se ha cansado V. ya de oír mis memorias del teatro, me propongo presentar á usted un personaje sin el cual no hay teatro posible, y que, sin embargo, suele ser en el teatro la última palabra del credo, el último mono, es decir, el mono que se ahoga siempre, por supuesto, después del *caballo blanco*.

Este personaje es el autor.

El autor dramático debiera tener por subordinados suyos á los cómicos, y éstos deberían persuadirse de que los enormes sueldos que suelen exigir, los aplausos con que el público los estimula, la reputación que adquieren, las pasiones que inspiran ellos á alguna que otra beldad de lance, y ellas á algún banquero, protector de las bellas artes, ó algún marquesito de sensible corazón, ó algún mayorazgo de *primo cartello*, todas estas ventajas se las deben á los autores de las obras, cuya ejecución—¡oportuna frase!—les está encomendada.

Parece lo natural que el autor fuera quien

apreciara el mayor ó menor mérito de los actores, el que los enseñara y dirigiera; pues no señor, los actores son los que, sin otro título que su presunción, y sin otro criterio que una experiencia que no basta para erigirse en juez de una obra literaria, dan su dictamen favorable ó adverso acerca de las producciones dramáticas, y las reforman, atajan, y vuelven del revés, como si fueran ellos que han estudiado poco ó nada, mucho más competentes que el pobrecito autor, que después de seis ú ocho años de estudios literarios, y de haber aprendido de memoria todo el teatro antiguo, y de haber pasado largas noches de insomnio para combinar un plan, y dar forma á una idea, escribe en siete ú ocho meses una obra dramática, para ganar tal vez con ella lo que uno de los actores que la representan gana en dos ó tres noches.

Hay algunos actores que estudian asiduamente, que han merecido la reputación que tienen, que son ilustrados, y que honran, sin duda, á la española Talía, pero son, por desgracia, muy contados; éstos tienen asegurada su subsistencia y la tendrían mucho más asegurada si no fueran la envidia y el orgullo desmedido, achaques precisos de todo cómico, y si no quisiera cada uno ser el sol de la escena, y si no hubiera entre ellos míseras rivalidades, y si fuera su amor al arte que profesan, igual al odio que cordialmente se tienen unos á otros.

Y los autores dramáticos, si quieren trabajar con algún provecho, si desean no vivir en la obscuridad, tienen que hacerse satélites de uno de esos reyes vergonzantes de la escena, y adularlos, y someter á su juicio los productos de su inteligencia, y suscribir á exigencias y caprichos que no toleraría á su jefe el último meritorio de la última dependencia del Estado.

Y el autor dramático que no quiere servir de pedestal á la vanidad de un cómico que no puede resignarse á halagar esa vanidad; que escribe obras para el público y para el arte, y no para tal ó cual actor, que no se atreve á encerrar su pensamiento en los límites que le señala el incompleto cuadro de todas las compañías dramáticas que hace años tenemos en los teatros de la corte, abandona la escena y cambia su pluma de literato por la de empleado, que si no le da gloria, á lo menos le da un sueldo con que satisfacer sus necesidades y las de su familia, si la tiene.

He aquí por qué rara vez se ve en la escena una producción notable que fije la atención del público más de cinco ó seis noches, y por qué los teatros de verso, especialmente, con dificultad llegan á terminar felizmente la temporada, y por qué son tan frecuentes las quiebras de empresas, y por qué el público se cansa pronto de asistir á un teatro, donde hay un actor bueno ó una actriz notable, rodeados de una tropa ca-

paz de hacer caer la pluma de las manos del mismísimo Moratín, si pudiera salir de la tumba este ingenio con ganas de escribir una comedia.

Cada uno de esos actores eminencias tiene su escolta de autores; que autores hay, que por hacer representar cada año cuatro ó seis entre chicas y grandes, pasan por todo lo que hay que pasar y se dedican á ser los trompeteros de un actor, y toleran no pocas humillaciones, y hasta si á mano viene, parten como buenos hermanos con sus Mecenas, el mísero tanto por ciento de las representaciones de sus obras

En cada teatro, amigo mío, hay tres ó cuatro autores y alguna vez dos, y alguna uno no más que cumpliendo con la ingrata obligación de hacer el amor al rey de aquella escena, adquieren el derecho de llevar á la ídem todas sus obras buenas ó malas y de juzgar, autorizados competentemente por su amo, las obras de los demás, y de impedir la admisión de las que se les antoja, y todo esto, sin contar con el *Caballo blanco* más que para que suelte los cuartos en pago de decoraciones vistosas, muebles, trajes, y hasta de ganado lanar ó vacuno, que también á las veces se hace precisa la salida á la escena de esos animalitos de Dios.

Y á propósito; ¿no le parece á V. que esos autores que antes de hallar un pensamiento para un poema dramático, procuran hallar una idea feliz para tres ó cuatro decoraciones, y el efecto

de su obra en la salida de una vaca, ó de cinco ó seis tímidos corderos, ó en la aparición de la luna por medio de la luz eléctrica ó en la desaparición repentina de todo un edificio, hubieran hecho mejor en dedicarse á tramoyistas ó á construir neoramas, dioramas, polemoramas y cosmoramas?

No me opondré yo seguramente á que el decorado sea todo lo suntuoso que el argumento requiera; pero sí consignaré que generalmente todas esas obras de fantasmagoría, á que tan aficionados se muestran algunos autores y algunos actores, son de escasísimo mérito literariamente consideradas, y que *El Sí de las Niñas*, de Moratín y *La Marcela*, de Bretón, y *El Hombre de Mundo*, de Vega, y algunas otras más modernas vivirán eternamente, á pesar de su decoración de *sala bien amueblada*, en tanto que esos dramas, llamados de espectáculo, pasan sin dejar recuerdo al panteón del olvido, con sus lunas y sus soles, y sus apriscos y sus incendios, inundaciones, buques de vapor, y relámpagos y truenos.

Los autores que están al servicio de uno de esos actores, tienen por lo regular la rara cualidad de hilvanar una comedia en menos tiempo que el que necesita un prójimo para bostezar y hacerse una cruz en la boca, después de verla representar.

Capaces son de poner en tres actos y en verso el catecismo de Ripalda ó la Novísima, y ca-

paces de hacer de un drama francés, más tremebundo que el juicio final, una comedia más picante que una guindilla y con más gracia que en la tierra de María Santísima, que no la conozca el padre que la parió, y que parezca tan original como un sainete de D. Ramón de la Cruz.

Pues, ¿y los arreglos?... V. no sabrá qué son arreglos...

Pues amigo, un arreglo se llama una obra que es igual y no es igual á otra francesa ó inglesa ó rusa, ó una obra que está traducida y no está traducida; ó más claro, se representa en Francia una obra de Scribe ó de Dumas (hijo), ó de Ponsard, ó de Octavio Feuillet, ú otro autor de fama; el autor de acá la compra en la librería por dos pesetas, la coje; la lee un par de veces, y la traduce muy discretamente, procurando anunciarlo en los periódicos para que no le tome algún otro la delantera. Si el protagonista se llama M. Duchesne, por ejemplo, le cambia este nombre por el de D. Juan de las viñas, y á Mad. Duchesne la llama doña Rosario, y así con los demás; si en el original la acción se supone en el primer acto en el Peloponeso, y en Fontainebleau en los demás, en el arreglo se trae á las costas del Riff y luego á Carabanchel.

Y con esto queda hecho el arreglo, y autorizado su *autor* para decir que la comedia es suya y para poner en los carteles que tal comedia ha sido escrita *sobre otra francesa* (que á veces ni esto

se dice), cuando la verdad es que ha sido escrita con la otra á la vista. Y poco importa que los caracteres de la obra francesa sean franceses también, y que haya tipos en el original desconocidos completamente y completamente exóticos en España; allá van en el arreglo vestidos á la española en un dos por tres, en testimonio de que el *distinguido autor* no se para en barras, y de que lo mismo le da así que asado, y de que el mismo conocimiento tiene del teatro y las costumbres de allende que de las costumbres y el teatro de aquende.

La prensa suele clamar contra estos abusos, pero los culpables están curados de espanto, y lo más que hacen es escribir un comunicado, con el que procuran atenuar su culpa, y satisfacer su deseo de que se hable de ellos, y el pícaro autor francés se consuela entre tanto con el gustazo de saber que hay aquí ingenios de tal valía que pueden impunemente *arreglar, corregir y reformar* las obras de hombres llenos de merecimientos y universalmente respetados.

Otros hay que toman un tipo de una comedia francesa, una escena de otra, y el diálogo de cinco ó seis, y le sirven á V. una comedia ó un drama flamante y añaden una página más á su historia literaria, una hoja más á su corona, y una obra más al catálogo de las que por siempre jamás amén yacen en el abismo de la nada.

Estos autores, todos lastimosamente fecundos,

son los que generalmente sirven la escena de nuestros teatros, satisfechos con un tanto por ciento que se les escatima todo lo que se puede, y con la amistad del primer actor y las simpatías de la actriz tal ó cual, que les encarga su beneficio, y con salir á la escena tres ó cuatro veces cada año, llamados por las *galerías* ó sean sus parientes, amigos y bienhechores.

---



## V

### **Todo es mentira.**

El drama *Todo es mentira*, que D. José había elegido como el mejor de los que por entonces había en cartera, se ensayó con toda la proligidad y todo el esmero que requería su importancia.

Los actores se hacían lenguas de la tal obra; hasta la dama joven graciosa se había resignado á representar el papel de la nodriza de la hija anónima de Felipe IV.

Usted no habrá visto nunca un ensayo.—Pues escuche V.

Delante de la concha del apuntador se coloca una mesa cubierta con un tapete verde, sobre la cual se ven dos candeleros con luces, por supuesto, y el primer apunte, ó sea una de las copias de la obra que se intenta arrojar á la voracidad de ese lisonjeado, respetable y temido mónstruo que se llama *público*. Ya comprende V. que aquella mesa y aquel manuscrito están destinados al apuntador.

Las damas y galanes de la compañía, van llegando uno por uno; y tomando asiento, si no quieren estar en pie, en las sillas colocadas en los huecos de los bastidores; entretiéndose en murmurar de la empresa, y encarecer los sinsabores y penalidades de la vida artística, conversación en que toman parte especialmente la característica, el barba, y las madres de las damas jóvenes, en tanto que éstas oyen los requiebros y alusiones más ó menos picantes que les prodigan algunos de los actores ó los aficionados y amigos de éstos y del autor, que tienen el privilegio de penetrar en el santuario del arte.

Llegan por fin el director y el autor, y comienza el ensayo.

El director reza su papel de manera que no le oye ni el cuello de su camisa, y los demás le hacen coro tropezando á cada cuatro versos, y dirigiendo de cuando en cuando alguna otra reconvencción al apuntador, y prudentes preguntas al autor, á quien muy pocas veces satisface el ensayo.

—Señora, dice el director á la dama joven, ¿para qué tiene V. los brazos?... ¡Más alma, hija, más alma!—¡Venga V. acá! Estos versos se dicen así:

¡Si quién eres no mirara,  
y si quien soy no supiera,  
te juro que te escupiera  
por despreciarte, en la cara!...

Aquí es preciso que acompañe la acción á la palabra.—Fija V. los ojos en el señor; levanta usted los brazos y cierra los puños, y da V. dos pasos adelante, como si efectivamente fuera á escupirle para que él conteste:

Angel, demonio ó mujer,  
si sigues hablando así  
me obligarás, ¡pese á mí!  
á que te mande prender!

Ahora es cuando V. estalla; ahora es cuando dice V. «¡Pues señor, se acabó; este hombre es un tuno, y yo... perdida por mil, perdida por mil quinientos, y le contesta V.:

¡Prenderme á mí... Y aún blasona,  
tu necio orgullo de hacer  
uso con una mujer  
de ese poder que te abona!...  
Pues aunque el hado sañudo...

—¿Cómo sigue?... pregunta al apuntador.

me somete hoy á tu ley,  
tu ley no es la ley del rey  
sino la ley del embudo.

—Aquí tiene V. la transición al ver que el rey avanza con el cabello erizado y los ojos inyectados en sangre hacia V., cae V. de rodillas diciendo con la voz más dulce que puede usted sacar:

¡Perdón! ¡Perdón, gran señor!...  
¡Sé que os agravia mi boca;

pero es, señor, que estoy loca.  
loca, perdida de amor...  
¡Ay! Es que olvidar no puedo  
aquel tiempo en que creía  
que el dueño del alma mía,  
era don Juan de Toledo.  
—Aquel tiempo ya pasó...

dice ahora el señor, y V. viendo que comienza á  
conmoverse, continúa:

—¿Y por qué pasó, Dios mío?...  
¿Por qué mi libre albedrío  
á tu voluntad cedió?...  
¿Recuerdas cuando venías  
á la choza de Teresa,  
y allí en nuestra pobre mesa  
migas calientes comías?...  
¿Y con qué amoroso afán  
siempre mi hermano Aquilino,  
te escanciaba el mejor vino  
y te daba el mejor pan?...

Todo esto con voz dulce para justificar la  
contestación del señor, que dice:

—¡Oh! calla, mujer fatal,  
que á tu acento seductor  
renacer siento el amor,  
en mi corazón leal.

No hay duda, ¡lo quiso Dios!  
y aunque el decirlo es muy triste,  
hoy por hoy, Teresa, existe  
un abismo entre los dos.

Así, pues Teresa amada,  
cesa ya de porfiar,  
que de mí no has de sacar  
absolutamente nada!...

Ahora entro yo. Usted, al oír las razones del rey, queda como quien ve visiones; pero al verme entrar, se levanta V. y corre á mis brazos.

—Hija, todo lo escuché...

—¿Quién se atreve á entrar aquí?...

—Señor en mi casa os ví  
y tanto no os pregunté!...

—¡Padre, por Dios!...

—¡Soy el rey!...

—Más me valiera ignorarlo!...

—Y ¡guay del pobre vasallo,  
que desconozca mi ley!...

—¡Ven, hija!... Estoy convencido  
de que nada adelantamos...

Ya veis, señor, que nos vamos  
lo mismo que hemos venido...

Pero escucha, aunque te aflija:

Al llegar tu última hora,  
será sombra aterradora  
de tu conciencia mi hija!...

Y yo desde mi rincón,  
aunque compasión me dé,

¡oh rey!... yo te enviaré

mi tremenda maldición!...

Y acaba el acto primero.

En los ensayos se calculan los efectos, y generalmente lo que más efecto hace en el ensayo, es

lo que más insignificante parece en la representación; se atajan las escenas, suprimiendo versos, y quitando con cada uno una ilusión al autor, que nunca lleva á bien estas mutilaciones; se enmiendan algunas frases inoportunas, como por ejemplo, llamar flaca á la protagonista, cuando la actriz está de buen año, ó *mala lengua* al barba, que ni en broma quiere que se le dé semejante dictado; y por último, se determina el éxito de la obra, lo cual es en verdad no poco aventurado.

He advertido que generalmente las obras dramáticas que más entusiasman á los actores en el ensayo, son las que menos entusiasman al público; así como hay muchos ejemplos de haber merecido brillantísimo éxito otras obras, que los actores juzgaban rematadamente malas, y que durante años y años han dormido en el pupitre de algún primer actor eminencia.

Nadie puede asegurar, sin temor de equivocarse, cuál será el éxito de una obra dramática, á no ser que ésta sea una de esas obras escritas sin sentido común, y como se dice vulgarmente, sin pies ni cabeza, como por ejemplo, una que leí en mis días de empresario, original de un cesante, cuyo argumento, si lo tenía, estaba basado en hechos políticos contemporáneos, y cuyo pensamiento mortal era que:

no tiene buen corazón  
ni piadosos sentimientos  
quien deja á un hombre cesante

para dar á otro su empleo,  
cuando aquél tiene diez años  
de servicios y de méritos,  
y dos hijas casaderas,  
mujer y un niño de pecho.

También he advertido que los poetas cómicos, los autores que cuidan más que de la acción del poema, de acumular chistes y más chistes en sus escenas, suelen llevarse solemnes chascos; hay muchos chistes que no hacen gracia maldita al público, y otros que en los ensayos se han oído sin que á nadie le parecieran peligrosos, que el público rechaza por obscenos y repugnantes. El terreno que recorre el poeta cómico es por extremo escabroso, y difícilmente habrá uno que no cuente entre sus triunfos alguna derrota producida por dos ó tres chistes de esos que parece que nada tienen de particular, y que el público entiende mejor que los actores y que el autor.

No hay nada más lastimoso que pretender hacer gracia y no conseguirlo.

D. José mi primer actor y director estaba entusiasmado con el drama *Todo es mentira*, y tanto me habló en pró de aquella obra, y del maravilloso genio de su autor, y tanto me encareció el gran resultado que íbamos á obtener y el sinnúmero de representaciones sucesivas, que sería preciso dar para satisfacer el deseo que el público tenía de admirar una obra de aquel afamadísimo autor, que hube de decidirme á gastar la

mitad de los 2.000 duros que había dicho era preciso emplear en el decorado; pero aunque no se gastó más que la cantidad citada, el autor y el director se dieron muy buena maña para que los periódicos, que todo lo saben, salieran proclamando con bombo y platillos que para poner en escena el tal dramita había gastado la empresa, gran protectora de las letras y las artes, más de 10.000 duros.

Y tanto se repitió esta mentira, y tanto se dijo de la obra en cuestión antes de representarse, que el público concluyó por creer que todas las representadas en los teatros de la corte hasta entonces, eran míseras concepciones, indignas de las musas y del arte, en comparación con la que se le anunciaba.

Yo me daba mil enhorabuenas y veía ya atestados todos los cajones de todos mis muebles de billetes de banco y sendas peluconas.

Los actores creían que había drama para todo un mes, y la primera dama lo elegía para su beneficio, y el primer actor gozaba prematuramente de las ovaciones que el público le preparaba, y se veía ya aclamado y coronado rey de la escena española.

El autor se creía llegado al pináculo de la gloria, y oía cantar el triunfo de su genio á todos los revisteros y gacetilleros de la villa, y pensaba que la primera dama no podría ser insensible al amor que, con menos éxito que todas sus obras

anteriores, le había manifestado de diversos modos, y ensayaba el saludo que había de hacer al público, cuando éste le llamase al fin de cada acto, y en alguna que otra escena.

Con veinte días de anticipación se anunció la primera representación del drama nuevo histórico en tres actos, en verso, original de uno de nuestros primeros escritores, titulado *Todo es mentira*, dirigido y ensayado por el primer actor y director de escena D. José N... y en el que tomaría parte el mismo primer actor y director de escena D. José N... y que sería exornado en decoraciones y trajes con todo el lujo que requiere una obra de tal importancia, dando así la empresa una prueba de su agradecimiento al público que la favorece, y de distinción al autor de tan importante obra.»

Cuatro días antes del estreno ya se habían vendido todos los billetes, la menor parte al público y la mayor á los revendedores.

Llegó la noche del estreno.

El primer acto pasó en silencio.

El final del segundo se aplaudió furiosamente, al mismo tiempo que la mayor parte del público protestaba contra aquellos aplausos.

El autor salió á la escena.

Antes de concluir el tercero, el público abandonó el teatro.

¿Será que efectivamente *Todo es mentira*?... me pregunté yo.

## VI

### La crítica.

Impaciente estaba yo, amigo mío, por conocer la opinión que la prensa formaría del drama *Todo es mentira*, cuyo éxito brillante, á juicio del autor y del primer actor y director de escena, no me había dejado grandemente satisfecho.— La crítica, me decía yo con toda la candidez de un empresario que nunca las ha visto más gordas, me descubrirá la verdad, y por ella sabré á qué atenerme respecto del tal dramita —Confesaré á usted, sin embargo, que después de leídas todas las gacetillas y revistas que se publicaron á propósito del drama en cuestión, quedé tan enterado como antes; es decir, en la misma incertidumbre que la noche del estreno, sin saber si el drama era bueno ó malo, y sin poderme dar razón de las que tendría un periódico para decir que era magnífico, y de la que asistía á otro para asegurar que nunca se había visto en escena disparate de tan grueso calibre, y de por qué el público no llenaba el teatro en las re-

presentaciones sucesivas, y el primer actor no lo retiraba de la escena, reemplazándolo con otra obra que diera mejores resultados.

Todo esto sucedió, amigo mío.

Oiga V. el juicio de la prensa acerca del drama *Todo es mentira*: he tenido la curiosidad de conservar los números de los periódicos que se ocuparon en el examen del drama.

Decía *La felicidad del país*, periódico socialista:

«El Sr. N... se extravía lastimosamente.

»Es un genio que se vulgariza.

»Un sol que se eclipsa.

»¡Un gigante que se convierte en enano!

»Un candil sin aceite.

»Una vela que se apaga.

»El señor N... no busca personajes para sus dramas en las clases del pueblo, sino que se complace en vestirlos de púrpura y oro, y en presentarlos autorizados con el poder, los honores y las riquezas. ¿Qué pretende el señor N.?... ¿No conoce este extraviado autor que no es el mejor medio de hacerse simpático al pueblo, su constante afán de sacar á la escena los opresores del pueblo?... La moral del drama que nos ocupa está en estos cuatro versos:

¡Fortun ensilla el caballo!...

Voy á mostrar á esa grey  
que mandar le toca al rey  
y obedecer al vasallo.

»Vean nuestros lectores cómo extravía á los

hombres el mísero afán de hacerse lugar con los poderosos. El señor N... tendrá honores y condecoraciones de esa manera, pero no tendrá lo que vale más que todo eso, el amor del pueblo.—La Academia le abrirá sus puertas; podrá ser ministro plenipotenciario, etc., etc.; pero cuando muera no irán á tejer sobre su tumba coronas de arrayan y mirto los pastores y las doncellas, ni el trovador errante irá, al declinar la tarde, á cantar su gloria en las montañas y los bosques, ni la posteridad inscribirá su nombre en el libro de oro de los mártires del pueblo.

»El señor N... no puede ser poeta; el poeta es libre como el aire, y el señor N... hace esclava su inteligencia de las ideas más rancias y del positivismo al uso.

»Lamentamos sinceramente que el señor N... siga en ese camino, que es muy fácil y llano, pero que no conduce seguramente al bien.»

Si esto es crítica, venga Dios y véalo.

Pues ahora escuche V. lo que escribió *La ilustración*, periódico absolutista:

«Los graves acontecimientos que se suceden en Europa, y en los que está fija la atención de todos los hombres que ven la humanidad perdida en un camino, cuyo término es la más horrible disolución, nos alejan de toda diversión, preocupados como estamos por esos sucesos, y sofocados en esta atmósfera toda impregnada de miasmas revolucionarios. Por eso habrán ad-

vertido nuestros lectores que escasean en *La ilusión* las noticias de teatros, toros y demás espectáculos.—Hoy nos obliga á distraer un momento nuestra atención de importantes asuntos, el estreno de un drama que, titulado *Todo es mentira*, se representa en el teatro de...

»*Todo es mentira* se titula el drama, y en efecto, todo es mentira allí. No puede darse tejido más embrollado de absurdos é inconveniencias. El autor ha tenido la avilantez de presentarnos en escena un rey, suponiéndole vicioso, mal educado, déspota, y no sabemos cuántas cosas más.—Protestamos contra estos abusos. ¿Cómo no ha de cundir la idea revolucionaria, cuando en el teatro se presenta á las personas más respetables como reos de todo vicio, pretendiendo de esta manera concitar contra los que ejercen el poder y ponen un dique al desbordamiento de las pasiones del populacho, estas mismas pasiones y los odios de los ciegos instrumentos de los falsos apóstoles de la revolución?...

»Confesamos á nuestros lectores que salimos del teatro con el corazón oprimido y las lágrimas en los ojos, al considerar de cuántos y cuán reprobados medios se vale el demonio para extravíar las inteligencias y vengarse de la humanidad, haciéndola correr al caos más espantoso.»

—¡Vea V. qué dos apreciaciones tan distintas y tan *razonables!*

—Y oiga V. lo que dijo *La trompeta de la Fama*,

periódico capaz de sacar una noticia de entre adoquín y adoquín:

«Anoche se estrenó en el teatro de... el drama *Todo es mentira*, original del eminente poeta D... No nos equivocábamos cuando hace días decíamos que esta obra correspondería á la justa fama que goza su autor. Todo es mejor en el drama que nos ocupa. Tipos, caracteres, situaciones, versificación flúida, pensamientos morales, gran conocimiento del teatro y estudio profundo del corazón humano; todo esto se halla en esa obra, que no dudamos en calificar la más notable de la temporada. El público llamó al autor á la escena, y también á los actores, que interpretaron fielmente sus respectivos papeles.

»El primer actor y director de escena, don José N... estrenó un traje precioso que le acaba de regalar, como testimonio de aprecio y admiración, el Czar de todas las Rusias.

»El drama ha sido puesto en escena con gran lujo y propiedad en trajes y decoraciones. El inteligente y activo empresario D. Marcos Sánchez, nos ha dado una prueba más de su amor al arte y de que más que una idea especuladora, le anima la de levantarlo de la postración en que yacía.

»*Todo es mentira* dará grandes entradas á la empresa, y proporcionará muchos aplausos al autor y á los actores.»

El título del drama era un verdadero epigra-

ma contra el drama mismo, contra el autor, los actores, la empresa y los periódicos.

Y las líneas de *La trompeta de la Fama*, un *bombo* de los más escandalosos.

Ni el drama era bueno, ni el Czar de todas las Rusias había visto en su vida á mi primer actor, ni yo entendía una palabra de teatro, ni pretendía levantar aquel muerto, de que nos hablaba el crítico del tal periódico.

Vea V. ahora el contraste. Un periódico titulado *El Sol de España*, como si hubiera otro en otra parte, se expresaba en estos términos:

«El drama *Todo es mentiva* de don... es muy malo.

»Podríamos dar razones, pero nuestros lectores nos conocen y saben que somos incapaces de decir una cosa por otra.

»Este drama no dará grandes entradas.

»No comprendemos por qué el actor don José N... manifiesta esa predilección en favor de las obras de D... Ya se sabe: en el teatro donde es director aquél, manda en jefe D... y se despacha á su gusto, escribiendo cuatro ó seis comedias cada año, que no pueden ser buenas aunque lo mande la bula, que acaban por alejar al público de un coliseo, donde reina la arbitrariedad y la parcialidad más injustas.

»Por eso, es sabido que empresa que cuenta con el citado primer actor, cuyo mérito artístico no tratamos de negar, acaba siempre por lo

que se llama en el lenguaje de bastidores un *trueno*.

«El aplaudido actor á quien nos referimos se parece al caballo de Atila; donde pisa no nace la hierba.»

Confieso á V. que estas líneas del *Sol* me preocuparon no poco, y que después de maduras reflexiones casi casi llegué á convencerme de que no le faltaba razón, á lo menos en lo que se refería al primer actor y al autor, su amigo, así como debo decir á V. que no me pareció muy discreto aquel anatema *ex cátedra* contra el drama, sin otras razones que el célebre *porque sí* del capitán Alegría en el *Valle de Andorra*.

Lo que más me preocupaba era aquello de la analogía entre el caballo de Atila y mi primer actor.

Ya había yo oído hablar de tres caballos (el caballo blanco, el de bronce y el de Atila), y francamente, amigo mío, comencé á pensar si sería yo en efecto un animal, sin haberlo reparado, y si aquello de la hierba que no nacía era alusión á los desembolsos que comenzaba á hacer para cubrir el presupuesto, que en los quince días que duraron las representaciones de *Todo es mentiva*, no se cubrió mas que en las tres primeras.

No quiero dejar de leer á V. los siguientes renglones de un periodiquito de literatura, ciencias y artes, titulado *El Talento*, cuyo director era aquel amigo de una de las actrices.

»Hemos visto, decía, un drama titulado *Todo es mentira*.—Ni Calderón, ni Molière, ni Shakespeare, pudieron presumir que el arte degeneraría hasta el drama que hemos visto representado con aquel título. ¡Que extravío tan lastimoso! ¡Qué mal gusto! ¡Qué obscuridad de pensamiento! ¡Qué versificación tan vulgar!—¿Y este es el teatro español? ¿Y el público aplaude esos abortos de imaginaciones enfermas? El teatro español, no nos cansaremos de repetirlo, está amenazado de muerte, y á los amantes de lo bello no nos queda más consuelo que el de haber advertido el mal con tiempo y haber señalado el camino que debía seguirse para lograr su restauración.

»Si el arte muere no es culpa nuestra.»

—Ni mía, dije yo al concluir de leer estos renglones; y lo que es por mí... tan muerto como mi abuela, si dentro de cuatro días continúa el descubierto en el presupuesto.

Siguen algunos párrafos de *El Talento*, de los que hago á V. gracia suponiendo que no le haría mucha oírlos. Para probar que el drama que examina no es bueno, nos cita un pasaje de la *Divina comedia*, y una escena de Plauto, y una descripción de la *Odisea*, y nos habla de las costumbres de Lacedemon, hijo de Júpiter y Taigeta, de las desventuras de Telémaco, y de los memorables hechos de otros personajes, igualmente memorables.

---

Creo que se habrá V. convencido como yo de la justicia de la crítica, y sobre todo de la conformidad de opiniones de los que la ejercen.

Yo respeto esa crítica, pero francamente, no la comprendo.

Y aseguro á V. que desde entonces tengo para mí que el crítico mejor es el público. Ya pueden la *claque* y los críticos ensalzar hasta las nubes una obra que no le guste al público; este no irá á verla.

Esta opinión en absoluto será un absurdo tal vez; pero amigo, para un empresario no es buena la obra que no le da entradas.

Y aquí para entre los dos, creo que tampoco es buena para los actores ni para el autor.

---

## VII

### Adela.

—Dígame V., amigo Sánchez, ¿y Adela?... No he querido interrumpir á V. antes, pero confieso á V. que, por más que me interese mucho la narración de tantas y tan divertidas aventuras de teatro, no deja de excitar mi curiosidad aquella Adela, causa principal de la temeraria empresa que usted acometió, primera bolera absoluta y digna protagonista en los dramas, bailables *La maja de rumbo*, *La Estrella de Andalucía*, *La alhaja del Perchel*, *El lucero de Sevilla*, etc., etc.

—¡Ay! ¡amigo mío! contestó mi ex-empresario con un suspiro tan profundo, que sólo podría compararse con el famoso del último rey moro de Granada.—Es que tengo que renovar antiguas heridas, heridas de amor, que son las que más inutilizan al hombre inocente, á las almas tiernas y expansivas, no viciadas en la escuela de las farsas y los engaños del mundo; es que Adela es, como V. ha dicho, la causa de todas mis desventuras, y es que ella, por quién yo

me había sacrificado fué la primera que me sacrificó como sabrá V. más adelante.—Sin embargo, ya que á V. le interesa esa Sirena engañadora que luego huyó de mí, hablemos de ella, amigo mío, hablemos de ella.—Adela reinaba en absoluto en la escena de mi teatro; en seis ú ocho días se hizo tan popular, que todo el mundo la señalaba por la calle, y todos los periódicos la elevaban al quinto cielo, prodigándole lisonjas, elogios, romances y sonetos, cuyos autores no exigían otra recompensa que ser presentados á la seductora bolera, y merecer una sonrisa de aquella boca, y un apretón de aquellas manos *plusquam* perfectas.

Adela era el ídolo de toda la juventud dorada, de todo el mundo elegante. No dejaban de halagarme estas distinciones de que era objeto mi adorada, y me halagaba mucho saber que se decía que yo, el empresario, era entre tantos el preferido por aquella mujer, solicitada en prosa y verso, á pie y á caballo por la nata y la flor del sexo feo de la capital de las Españas.

Las tres primeras filas de butacas habían sido tomadas por abono y hasta por asalto por aquella turba de adoradores, que se disputaban las miradas de Adela, y la distinción de ser los primeros en arrojar al escenario ramilletes muy lindos, que á la puerta del teatro vendía cierta prójima, que no debía dedicarse solamente á este comercio, y que conocía perfectamente y



hasta apeaba el tratamiento al conde C... y al duque de V... y al vizconde de H... y al señorito R... hijo ó sobrino del banquero R... etcétera, etcétera.

Pero hube de convencerme de que aquella adoración al ídolo en quien yo adoraba no debía halagarme tanto, cuando comencé á notar que Adela tenía constantemente visita en el vestuario, visita en su casa, y tres ó cuatro caballeros de escolta siempre que salía á la calle.—Tuve celos, amigo mío, celos rabiosos, celos turcos; pero disimulé, no queriendo estallar hasta despues de haber observado el juego de mis rivales y de Adela.

Esta recibía con igual amabilidad á todos los admiradores de sus méritos, pero no distinguía particularmente á ninguno.

Ellos por su parte, se satisfacían al parecer con ser recibidos en su vestuario, y con subir al palco que Adela ocupaba las noches que no bailaba, y con otras nimiedades por el estilo; querían sobre todo hacer ostentación de la amistad que existía entre ellos y la aplaudida y admirada bailarina.

Una noche había salido yo á ocupar una butaca para ver á mi dueño en un baile nuevo compuesto expresamente para ella; detrás de mí había tres ó cuatro caballeros que se hacían lenguas de la singular donosura y el relevante mérito de Adela, y excuso decir á V. que apli-

qué toda mi atención á oír lo que decían de persona que tanto me interesaba.

—Es preciosa esa chica, decía uno.

—¿Quieres que te presente?...

—¡Hola! ¡Tú la conoces!...

—Ya lo creo...

—¿Y es verdad lo que dicen de ella?... ¿Es una virtud tan firme como se supone?...

—¡Hombre!... Lo que es eso... *¡Auri sacra famés!*

—¿De veras?... ¿Y quién es?...

—¿Quién ha de ser?... El pretendiente obligado de todas las mujeres, el dueño de las casas de la calle de... aquel que está en el palco de proscenio...

—¿Cuál de ellos?...

—El que mira ahora al palco de enfrente.

—¡Ah! ¡Ya!

—¡Mienten ustedes! dije yo volviendo la cabeza. Esa señora no hace caso de ningún necio, y no necesita dinero de nadie, porque yo le doy 300 reales diarios por bailar, y soy su novio, y la quiero con buen fin, y me voy á casar con ella, para lo que ustedes gusten mandar.

Aquellos tres caballeretes, sorprendidos por mi inesperada, terminante y resuelta andanada, no supieron qué contestarme. Otro me hubiera contestado una fresca, pero aquellos pobres se conoce que no estaban muy acostumbrados á tales lances, y temieron llevar aquella noche

á casa un par de bofetones ó algún oportuno puntapié, lo cual no debió parecerles muy dudoso en vista del gesto que yo les puse, y de mis puños, que siempre han sido tan robustos como ve V.

—Usted dispense, se atrevió á decir uno; yo no sabía que fuera V. él...

—Pues sí señor, yo soy él... y le advierto á usted que se guarde de hablar mal de esa señora, y de volver á su cuarto, y sobre todo de presentar á nadie, porque entonces me veré obligado á...

—Pierda V. cuidado. Yo he oído decir eso, pero tampoco lo he creído.

—No me importa que V. lo crea ó no.

Y se acabó el baile, y yo corrí al cuarto de Adela, con quien había llegado el caso de tener una explicación.

—Adela, le dije, es preciso que esto concluya.

—¡Qué! ¿tenemos otro *trueno* ya?... pues no será por mí, que bien trabajo todas las noches, y no puedo con mi cuerpo... Os habéis empeñado en no poner otras comedias mejores...

—No se trata ahora de comedias.

—Pues ¿de qué?...

—Se trata de que la gente murmura de tí; de que tu reputación anda en lenguas.

—Envidias de la Catalina... ¡Como antes era ella la primera! Si no es más que eso, no hay que inquietarse... Ya ves tú si el público me

aplaude... Mira, mira, cuantos ramos tengo ahí...

—No es eso tampoco.

—¡Vaya, que esta noche estás pesado de veras!... Acaba de una vez, ¿qué es ello?...

—Es... es que... que dicen que tú te pagas mucho del dinero...

—No sé que á nadie le suceda lo contrario... Todo el que trabaja, quiere que le paguen... Y tú no podrás decir que yo te arruino, y ya ves que una artista tan querida del público como yo, está en el caso de poner la ley al empresario... y ya ves que no te la pongo...

—No, no es la ley lo que yo temo que me pongas... Te diré de paso, que no creo que puedas estar descontenta con 300 reales diarios...

—Pues si quiero ir á Sevilla, me dan 310, y si quisiera ajustarme como primera para Londres, me han dicho que en un mes me hacía de oro.

—Pero hija, si no se trata ahora de eso...

—¡Vaya! ¡Pues habla claro!...

—Pues has de saber que hay quien dice que te hace el amor...

—Correo cojo, hijo; me hacen el amor todos los que me conocen; ¿y qué?

—¿Y tú lo toleras?...

—Es claro.

—¿Cómo?...

—¿Qué he de hacer?... No he de indisponerme con el público...

—¿Pero tú les das calabazas?...

—Dios me libre.

—¡Adela!

—Eso es, porque á tí se te antoje voy á perder yo la fama adquirida...

—Pero entonces, yo, ¿qué soy?...

—Tú eres el empresario, y pare V. de contar.

—¿Pero para tí no soy nada?

—Pues eso te digo, para mí eres el empresario.

—¿Y nada más?... ¿Tú no me has dado esperanzas?...

—La esperanza es una de las cosas que cada cual puede poseer á su antojo, y cuyos límites cada uno puede ensanchar á su gusto.

—¿Es decir que me das calabazas?...

—Yo no te doy nada, pero...

—Es decir que me has hecho abandonar mi juzgado de paz y arriesgar mi dinero en esta empresa, y que tal vez por tu causa me arruinaré...

—¿Por mi causa?... Pues hijo, en rompiendo la escritura, estamos al cabo de la calle... Así como así, quiero descansar un par de meses... Ya verás lo que tardas en dar el trueno gordo.

—Si no se trata de romper tu escritura, si de lo que se trata es de que yo no sea indiferente para tí...

—Y ¿quién te ha dicho que lo seas?... Ya ves, que á pesar de nuestra posición respectiva, te permito que me tutees, como cuando éramos novios...

—¡Pues qué! ¿ya no lo somos?...

—¿Quién piensa en eso ahora?

—Pero Adela, ¡si yo te quiero!...

—¡Toma! ¡toma! Me quieren tantos...

—Pero hija, tú has cambiado notablemente: cuando yo te conocí, eras modesta, humilde, amable...

—¿Qué quieres?... el mundo da muchas vueltas... Ya ves; cuando yo te conocí eras alguacil ó escribano, ó qué sé yo... y hoy eres empresario... ¡No has dado mal salto!

—Sí, y presumo que el salto es mortal, porque aquí pierdo la inteligencia, el dinero y el tiempo.

A esto llegó al vestuario de Adela un joven, grande amigo del ricachón del palco de proscenio, á quien acompañaba constantemente.

—Adelita, le dijo, esta noche ha estado V. deliciosa.

Adela le tendió la mano, y le hizo sentar á su lado.

Yo bramaba de furor, y hubiera querido destruir con una mirada á aquel fatuo.

—¿Y su amigo de V.? preguntó inocentemente Adela.

Ya puede V. figurarse qué efecto me haría esta pregunta, después de la conversación que había oído en las butacas y del proyecto de explicación que acababa de tener con Adela.

—No está muy bueno estos días.

—¡Ojalá se muera! dije para mí con toda mi alma.

—¿Pues qué tiene?...

—¿Quién sabe, hija mía?... Como es tan sensible...

—¡Lástima de animalito! continué diciendo aparte.

—¿De veras? repuso Adela.

—¡Oh! no lo sabe V. bien.

—Estará enamorado...

—Me parece que va V. dando en el quid...

—Pues á su edad no deja de ser peligrosa la enfermedad, observé yo.

—¡Oh! no es tan viejo el amigo de este caballero, dijo Adela.

—No, no es tan viejo, repitió el caballero amigo de aquel otro, y acostumbrado como está á satisfacer todos sus caprichos y no encontrar nunca contrariedades, la idea de que puede recibir un desaire le mortifica horriblemente.

La intención de aquel mozo estaba conocida; era un agente del otro.

—¿Con que ella no le quiere? preguntó Adela.

—Aún no se ha explicado él... Ha habido alguna insinuación, eso sí, pero nada más.

—Y él... ¿no se atreve aún á suponer cuál será el éxito de sus pretensiones?... Yo tengo poca experiencia de mundo; pero creo que ningún hombre discreto se dirige á una mujer, sino cuando tiene casi la seguridad de no ser mal re-

cibido. Y no crea V. que el proceder de esa manera supone, á mi juicio, gran talento, porque nosotras las mujeres, somos tan débiles, por no decir inocentes, que cualquiera nos conoce al momento, y nos descubre nuestros más íntimos sentimientos.

Yo me preguntaba si aquella mujer era la misma Adela, á quien yo había sacado de la obscuridad, á quien yo había notificado en un día, nefasto para mí, la providencia más justa dada ante el infrascrito secretario.

Adela superaba á todas las coquetas célebres que han escandalizado el mundo, desde Eva á nuestros días.

—¡Qué feliz sería mi amigo, si estuviera aquí, y la oyera á V. hablar de ese modo! contestó aquel individuo contra quien empezaba yo á preparar los puños.

—Siento que no le haya acompañado á usted, añadió aquella sierpe, y siento perder esta ocasión de aliviar en cierto modo su mal, puesto que usted dice que mis palabras le aliviarían.

Yo no pude callar más, amigo mío.

—Y á tí, dije disparando una mirada furiosa á Adela, y con cierta superioridad para que el enviado del señorón del palco comprendiera que yo tenía mis derechos para hablar gordo, ¿qué te importa que ese señor esté bueno ó malo, ó se salve ó se condene?

Desconcertada quedó la reina de mis amores



con esta observación mía, y disimulando trabajosamente su despecho, me contestó:

—A mí me importa siempre la salud de las personas que me distinguen con su amistad.

—Gracias, en nombre de mi amigo, se apresuró á decir aquel amigo del mismo demonio, mirándome con cierta inpertinencia, que me hubiese hecho estallar, si Adela no me hubiera impuesto con otra mirada. Permanecimos seis minutos, mirándonos unos á otros, y por fin, aquel caballero se levantó, se despidió y salió.

Yo también me levanté y avanzando furioso hacia Adela, le dije:

—Es V. una coqueta despreciable; y si yo lo hubiera podido presumir el día que compareció usted ante mí en el juzgado, no sería V. hoy primera bailarina absoluta, ni amiga de esos señores, ni yo habría gastado por V. una buena parte de mis 10.000 duros, ni hubiera perdido la paz del alma, ni estaría en ridículo constantemente, ni habría persona nacida que murmurase de mí y me llamara *Caballo blanco*.

—Pues si le pesa á V. romperemos la escritura, volvió a decir mi reina.

—¡Como V. quiera!

Y salí del vestuario echando chispas.

Aquella noche, amigo mío, resolví no romper la escritura de Adela por lo que á mis intereses convenía, pero si romper la amistad que con ella me había unido, y abandonarla á su suerte, y

no aconsejarla ni reprenderla, puesto que no apreciaba mis consejos ni mis reprensiones, y poner todo mi conato en procurar recuperar el dinero perdido en mi empresa, y logrado esto, despedirme para siempre de los bastidores, los autores, cómicos, músicos y danzantes, y emplear mis fondos en otras especulaciones más seguras, como por ejemplo, la *honrosa* y sosegada de adelantar dinero sobre pagas á las clases activas y pasivas con el módico interés de un 60 por 100, ó hacer préstamos sobre alhajas y ropas en buen uso, etc.

Pero el hombre propone y la mujer dispone; y como dijo Rousseau, los hombres serán siempre lo que quieran las mujeres.

La noticia de la escena entre Adela, el enviado extraordinario del capitalista del palco y yo, llegó bien pronto á todos los vestuarios de las actrices y los actores de mi compañía, llevada por aquel barba maldiciente, de quién ya he hablado á V.; y la noche siguiente no se hablaba en el teatro de otra cosa más que de mi rompimiento con la bailarina, y de los amores de ésta con el señorón del palco, con quién yo no podía competir ni en elocuencia ni en *buená educación*.

—Él se tiene la culpa, decía el barba, en el cuarto de la característica, según me refirió después un amigo oficioso.—¿Pues no sabía que las bailarinas bailan siempre al són que les tocan?

—Pues mire V., añadía doña Sebastiana, entre D. Marcos y el otro, yo me hubiera decidido por D. Marcos; porque no hay que hacerse ilusiones, D. Marcos es un pobre hombre, que con bien poco trabajo cualquier mujer le haría entrar por el aro, y el otro ya se sabe lo que puede dar de sí. El mejor día del año dirá: «Hasta aquí llegó,» y... si te he visto no me acuerdo.

—¡Vaya! ¡vaya! doña Sebastiana, V. no sabe de la misa la media.

—¡Pues qué! ¿qué hay?

—¡Toma, toma! Pues si eso lo ve un ciego. Lo que hay es que D. Marcos se va quedando sin plumas, y como á la Adelita no le conviene que truene la empresa... pues... ya me entiende usted... La cuestión, doña Sebastiana, es asegurar un *caballito blanco*.

—¡Ya! ya presumía yo algo de eso...

—Más le diré á V., que me parece que el mismo D. Marcos no se hará de pencas si el otro le da la mano.

—¡Calle V. por Dios! ¿había de tener D. Marcos esa intención?

—¡Bah! ¡Bah! Desengañese V., doña Sebastiana; dádivas quebrantan penas, y cuando pasan rábanos se compran... Ese es el mundo... Hoy por tí y mañana por mí... y por dinero baila el perro, y por pan si se lo dan...

—¡Jesús, qué lengua!

—No, no crea V. que yo invento todo esto;

pero el caso es que por ahí se dice, y cuando el río suena...

Estas y otras conversaciones de que tuve noticia, me hicieron variar de propósito y decidirme á emplear con Adela un remedio casi empírico.

Había llegado á Madrid procedente de lejanos países, según ella decía, una bailarina cuyo mérito, en opinión de algunos periódicos que la protegían, superaba á todo encarecimiento. Decidí ajustar á aquella bailarina, y establecer la competencia entre ella y la que desde el comienzo de mi empresa había sido primera absoluta. Y dicho y hecho; tomé las señas de la casa de la discípula de Terpsícore, y me presenté en ella sin previo aviso y sin dar parte á nadie de mi intento.

—¿Es V. la señorita N?... le dije.

—Para servir á Dios y á V., me contestó con mucha gracia y con marcado acento andaluz.

—Por muchos años; yo soy el empresario del teatro de...

—¡Ah! se apresuró á decir instándome á tomar asiento á su lado; siéntese V., y perdone que le reciba sin peinar y sin vestir.

—Vestida y sin vestir, siempre estará V. bien, y si no se ofendiera V., le diría que me parece que estará V. mejor sin vestir... La verdadera belleza no necesita adornos ni afeites para brillar y ser admirada.

—Eso no pasa de ser una *güasa*.

—¡Oh, no! es una verdad: un hombre que vive dedicado á los negocios no tiene tiempo de aprender la fraseología de la galantería.

Confieso á V. que la palabrita *güasa* me hizo comprender que estaba tratando con una moza de rompe y rasga, tan buena para un fregado como para un barrido, y con quien eran inútiles las frases pulidas, y todo lo que no fuera piropos y requiebros de medio carácter.

—Vamos al asunto, le dije, alma mía. ¿Baila V. bien?

—Eso... no me toca a mí decirlo; pero V. verá, si nos arreglamos, cómo el público me recibe.

—¿Dónde ha bailado V?

—En Madrid hace años, en Sevilla después, en Cádiz y en Londres, donde estaban locos conmigo, y en San Petersburgo, donde decían los rusos que desde que me veían bailar no sentían tanto el frío.

—Habrá V. ganado mucho dinero...

—Lo que es eso... así *por lo mediano*; porque el empresario que nos llevó se largó con los cuartos y nos dejó *per istam*. Pero he tenido muchos regalos... y vamos al decir, no se ha perdido todo, porque en teniendo una mujer buena conducta, y no siendo *despilfarradora*...

—¡Ya! ¡ya! Y dígame V. prenda, ¿tendrá V. inconveniente en bailar en mi teatro?...

—Ya ve V., ¿á qué está una?

—¿Y bajo qué condiciones?

—Mire V., eso á mi madre... La llamaré...

Y se manifestó una señora muy gruesa, que en sus tiempos habría sido una moza como un granadero, y que tenía toda la apariencia de una comerciante en rábanos en las plazuelas de la villa.

—Este señor, le dijo la sílfide, quiere ajustarme...

—Y deseo saber, añadí, qué condiciones exigen ustedes para concederme tan señalada distinción.

—Le diré á V., lo que es *tocante* á eso, á Frasquito le puede V. preguntar.

—Y ¿quién es ese caballero?...

—Es la pareja de la niña.

—¡Ah! ¿conque la niña no sabe bailar más que con Frasquito?... Y ¿hay que ajustar también á Frasquito?...

—Por supuesto.

—Eso ya varía la cuestión; yo tengo en mi teatro un cuerpo de baile completo y numeroso con una primera bailarina de primera fuerza, y un primer bolero que se pierde de vista, y solamente deseaba hacer conocer al público el mérito de esta señorita, de quien me han hecho grandes elogios.

—Por nuestra parte no tendríamos inconveniente, pero Frasquito...

—Mi objeto es acá para internós, que esta señorita eclipse á la primera bailarina que hoy reina sin rivales en mi teatro;—y advierto á ustedes que no quisiera que llegara á traslucirse mi intención...

—Pues no tenga V. cuidado, dijo la mamá, que mi hija le *echará la pata*.

Quedamos en que el día siguiente me enviarían las condiciones, y en que yo las aceptaría ó desecharía sin pérdida de momento.

Las condiciones eran duras para mí, pero las acepté, suponiendo que la rivalidad entre dos bailarinas llevaría al teatro mayor número de espectadores que los dramas y las comedias más notables, y adivinando que Adela volvería á mí convicta, confesa y arrepentida, y que el odio á su rival y el afán de merecer más aplausos que ésta, le haría olvidar las pretensiones de aquel señorón sensible, á quien le deseaba yo, poco cristianamente por cierto, todas las calamidades que pueden caer sobre hombre nacido, menos la de llegar á merecer una mirada ó una palabra de aquella mujer, que había hecho de un inocente como yo, un hombre envidioso, enemigo de todos los hombres, egoísta, mal intencionado, dispuesto á todo, á perder todo cuanto tenía, y á quedar como el célebre gallo de Morón.

Adela se puso furiosa cuando supo que iban á disputarle los aplausos y las coronas, y por

medio de una carta, me hizo saber su resolución de no bailar más en mi teatro.

Yo la contesté, negándome á romper su escritura y amenazándola con obligarla á cumplir su compromiso, y á bailar sin ganas, fundándome en que no había en su contrato ninguna cláusula que me obligara á no ajustar otra primera bailarina, y en que, no porque se presentara otra, dejaba ella de ser tan primera como antes.

Adela que, ahora lo puedo decir, no estaba muy segura de su mérito, y que temía la superioridad de la otra, se obstinó en no continuar bailando, y acudió con su queja á la autoridad; yo hice valer mi derecho, y triunfé en la demanda.—Mi hechicero dueño tuvo que pasar por la humillación de bailar de orden superior, y todos los periódicos que tuvieron noticia del hecho condenaron severamente sus pretensiones y su egoísmo, y con no muy buena intención, encajaron la habilidad de la *debutante*, la modestia y demás virtudes que la distinguían.

La víspera del *debut* de la nueva bolera bailó Adela y obtuvo una ovación completa; sus amigos de las butacas se habían declarado sus paladines, y aquella noche la demostraron su simpatía con estrepitosos bravos, monstruosos ramos é inocentes tórtolas, donosamente engalanadas con vistosas cintas de chillones colores.

Y después, en el entreacto, recibió su corte aquella reina, y en su vestuario se dijeron mil

denuestos del pícaro empresario, que se había conducido con una señora de sus circunstancias de una manera tan inconveniente y poco conforme con los deberes de la galantería.

Yo callé y huí de Adela, porque temía echarlo todo á perder, si ella venía á exponer su queja, empleando para el mejor éxito, las artes maquiavélicas que usan las mujeres respecto de los hombres que tienen la debilidad de amarlas verdaderamente.

Llegó la hora de la presentación de la nueva artista; el teatro estaba lleno de bote en bote, y en todos los semblantes se pintaba la curiosidad y el deseo de juzgar á la atrevida rival de la mimada bailarina.

Allí estaban los amigos de ésta, dispuestos á callar como unos muertos, si la debutante era una medianía, y á protestar, si el resto del público formaba otra opinión y la aplaudía desinteresadamente.

Y allí estaba Adela en su palco, muy tranquila al parecer, y como queriendo hacer comprender á los que la conocían, que le tenía sin cuidado la ponderada habilidad de su adversaria.

Levantóse al fin el telón, y apareció ésta, en medio de un silencio sepulcral.

Bailó un paso con Frasquito, y el público calló; pero después bailó sola, y lo hizo con tanta gracia, y con tanto desenfado, y tanto aplomo, que llovieron sobre ella ramos y palo-

mas,—cuya mayor parte me habían costado mi dinero,—y resonaron en todos los ámbitos del salón entusiastas aclamaciones, que ahogaban los vergonzantes *chicheos* de algún que otro abonado, admirador ó pretendiente de la soberbia Adela.

Adela quedó completa y solemnemente derrotada, y su rival proclamada el *non plus* de la bella coreografía.

Y ¡oh inestabilidad de las grandezas humanas! los mismos que la tenían por ídolo, al ver aparecer en la escena aquel nuevo planeta, se hicieron sus satélites y abandonaron á mi pobre Adela que, como yo había previsto, volvió á mí confundida, humilde y avergonzada.

¡Pobre Adela! Yo, que tengo la mala cualidad de ser blando de corazón, no pude ser insensible á las lágrimas de aquella alma de artista, y le ofrecí devolverla el usurpado puesto y desterrar de mis dominios á su rival.

Esto no dejaba de ofrecer grandes dificultades, y para conseguirlo había que hacer sacrificios no pequeños; pero, ¿qué sacrificio no se hace por una mujer hermosa, que llora y acusa de su perdición á un hombre que la adora?... ¿Qué corazón generoso se resiste á perdonar á una mujer, á una artista, que se humilla y se reconoce harto débil para sostener una lucha con el público, sin otra fuerza que su vanidad y la simpatía de unos pocos?...

Además, había desaparecido la causa principal que me hizo establecer aquella competencia, en la que Adela quedó vencida, y vencida de la peor manera posible, sin haber combatido.—El señorón del palco había conocido sin duda que, aunque en dinero y en otras cosas podía vencerme con harta ventaja, no me vencería en soltura de puños y lengua, y que yo era muy capaz de armarle un escándalo y decirle cuántas son cinco, y hasta hacer llegar á noticia de su mujer y de alguna otra, sus debilidades y pecaminosas intenciones; lo cierto es que el amigo oficioso del ricacho cesó de visitar á Adela, y que á los seis ó siete días de la dominación de la nueva bailarina, todo el mundo decía que el capitalista estaba loco, enamorado de la susodicha, y que ésta lo estaba también de ciertos aderezos, y ciertas pulseras que Pizzala no había logrado vender por su excesivo precio, hasta que al citado señor le dió gana de hacer alarde de su amor á lo bello, comprando aquellas joyas, con cuyo importe hubieran vivido muy holgadamente durante un año tres ó cuatro familias.

Los celos que me mortificaban y que me impulsaron á humillar á la soberbia dueña de mi corazón, no tenían ya fundamento; ella podía aborrecerme, pero á lo menos no prefería á los demás, no amaba á ninguno.—Los hombres somos muy egoístas, amigo mío: ¿no le ha sucedido á usted haber recibido lo que vulgarmente

llamamos *calabazas*, de una mujer que le era á usted poco menos que indiferente, con completa tranquilidad y casi sin que ese desaire mortificara á V. en su amor propio?... Y si pasados algunos años, cuando ya no se acordaba V. de ella, la ha visto dar su mano á otro, enamorada y dichosa, ¿no ha sentido V. entonces cierto despecho, cierta envidia y cierta antipatía respecto del hombre preferido? y si hubiera podido trasladar á Pekín al novio el día antes de la boda, ¿no lo hubiera V. hecho de buena gana?

Pero volvamos á Adela.

Era preciso ante todo alejar á la nueva bailarina: esto era muy fácil; pero los periódicos me pondrían como nuevo, y las entradas de mi teatro, que eran llenos completos, volverían á aflojar, con gran detrimento de mis intereses.

Preparar una ovación á Adela no era muy difícil; pero teníamos la gran desventaja de que para la ovación que yo le preparaba había que gastar dinero, ó lo que es lo mismo, repartir gratis las localidades del teatro, y las ovaciones diarias de su rival, no sólo no costaban dinero, sino que aumentaban considerablemente los ingresos.

No había más que elegir entre vivir con ella, ó morir con ella; entre duplicar mi capital ó quedarme sin un cuarto.

Yo amaba mucho á Adela; pero me aborrecía á mí mismo; yo podía sacrificarme como hom-

bre en aras del amor; pero ¿había de sacrificarme también como empresario?

Confieso á V., amigo mío, que esta lucha entre mi amor y mi empresa me quitó muchas noches el sueño, y me inutilizó completamente para pensar en otra cosa que no fuera el modo de satisfacer á mi corazón y no perder el dinero. Mi corazón me decía que me sacrificase; mi cabeza me aconsejaba sacrificar á Adela.

Esto es lo que debí hacer; ¡pero ay, amigo! estaba de Dios que había de estrellarme, y me estrellé.—El día en que Adela compareció en el juzgado de paz, dí un mal paso y desde aquel día ya no supe andar derecho.

¿A que no imagina V. cuál fué el remedio óptimo que propuse á Adela para su desagravio y mi tranquilidad?

Pues asómbrese V. y dígame después sinceramente si entre aquellas tiernas inocentes criaturas que Herodes mandó degollar, había una que fuera más inocente que yo. La propuse muy serio una boda, que hubiera sido para mí un bonito negocio, si no hubiera sido yo uno de los contrayentes.—Y Adela, que pocos días antes desconocía mi amor y me negaba todo derecho á intervenir en sus acciones y á oponerme á sus resoluciones, aceptó aquella proposición, nada más que, como tuve ocasión de conocer después, porque así adquiriría cierta superioridad sobre su rival, que no llevaba mejor camino para llegar

á ser casada sino con algún desesperado dejado de la mano de Dios y de los hombres, ó con algún inocente mucho más inocente que yo.

Sería cosa de no acabar, si hubiera de referir á V. todas los hablillas, todos los comentarios, epigramas y pronósticos nada cristianos á que dió lugar mi proyectada boda, entre aquella cuadrilla de gente maliciosa, capitaneada por aquel barba y aquella característica, capaces de levantar un falso testimonio á su padre; pero yo cerré los oídos á todas las calumnias que oí á propósito de la que iba á ser mi mujer, y me creí con valor suficiente para arrostrar todos los peligros que, según aquellas lenguas de víbora, encontraría en el camino de mi matrimonio, y me dispuse al sacrificio con una tranquilidad heróica.

Adela casó conmigo; todos los periódicos anunciaron nuestra boda, y lamentaron la pérdida que el arte sufría con su retirada de la escena.

Casado con Adela, conocí otra calamidad, cuyas consecuencias conocía por la experiencia ajena; el lujo.

Si Creso hubiese vivido en nuestros tiempos, y elegido á Adela por mujer, es probable que con todos sus tesoros hubiera ido á parar en San Bernardino. En mi casa, amigo mío, no había dinero que bastase á satisfacer tanta necesidad, tanto capricho, tanta exigencia. Un año duró mi felicidad conyugal, tanto como mi dinero y mi empresa, y al cabo de ese tiempo, ni



hubo un cuarto en la contaduría del teatro, ni paz en mi casa, ni hora de reposo para el infeliz *caballo blanco*.—Hice un último esfuerzo, pedí y logré algunos fondos en calidad de préstamo, y continué con mi empresa algunos días; pero el público no se dió por entendido, y no tuve más remedio que declararme vergonzosamente en quiebra. ¡Ay, amigo mío! ¡Qué de sustos! ¡Qué de sinsabores! ¡Qué de reclamaciones! ¡Qué de amenazas!—Los cómicos, los músicos, los bailarines, todos los empleados en el teatro me perseguían de muerte, reclamando la quincena, una quincena igual á aquella que tan generosa y pródigamente pagué un año antes, cuando me decidí á ser *caballo blanco*. Y para más baldón, amigo de mi alma, el primer actor y director, el que más había contribuído con sus exigencias, y su holgazanería, y su lastimosa dirección, á producir el *trueno* de mi empresa, escribió un comunicado y lo publicó en todos los periódicos, pretendiendo probar que él era un caballero y yo un perdido, y que si la empresa había quebrado no era por culpa suya ni de los demás compañeros, sino porque el empresario era hombre de malas costumbres, que había tenido la avilantez de gastar su dinero en lo que se le antojaba, y que se había dedicado á proteger el baile, en fe de lo cual se había casado con una bailarina con escándalo y asombro de la moderna Talía y la bella literatura.—Y además de

todas estas humillaciones, aun tuve que sufrir la de presentarme en el mismo juzgado de paz del cual había sido yo indigno secretario, citado por uno de los alguaciles que tantas veces me habían acompañado á hacer notificaciones y embargos, y la más triste todavía de ser declarado insolvente, puesto que los efectos que en mi casa había, aparecían de propiedad exclusiva de mi mujer.

Vea V., pues hecho polvo el gigante edificio de mis ilusiones; vea V. un hombre honrado, incapaz de hacer daño á nadie, tenido por un petardista, licencioso y otros excesos, y vea V. mis 10.000 duros comidos en un año por los mismos que, cuando no tenían ya dinero que comerme, amenazábanme con darme una paliza, y me entregaban á la execración pública, ni más ni menos que si me hubieran hallado forzando una cerradura con llaves ganzúas ó repartiendo proclamas revolucionarias.

Y Adela, entre tanto, querido amigo, en vez de consolarme en mi tribulación, me dirigía amargas reconvenciones, y me acusaba de haber destruído su porvenir, y de ser un hombre pusilánime, indigno de una mujer como ella, holgazán, inepto y no sé cuantas cosas más.

Y yo, paciente Job, comenzaba á perder la paciencia y á renegar de Adela y de mí mismo, y aún crea V. que tuve el mal pensamiento de dedicarme de veras á ser petardista y explotar al

prójimo, y á vivir sobre el país, y á justificar en fin, todas las acusaciones que se me dirigían.

Llegó un día en que no hubo pan en mi casa, y en que Adela me amenazó con huir de mí, y procurarse la vida ya que yo no se la procuraba; la dejé decir cuanto se la antojó y embozado hasta los ojos y con la cabeza baja para que nadie viera las lágrimas que en vano quería contener, me dirigí hacia el Canal, último amigo del desesperado y del cobarde, dispuesto á cometer el crimen de tantos hombres honrados.

Cuando llegué á aquel sitio fatal, tendí una mirada por la vasta extensión; sentí que mi corazón se oprimía, y que los sollozos me ahogaban al recuerdo de mi madre, que entonces estaría tan tranquila en su aldea, pensando tal vez en mí, bien ajena de que en aquella misma hora, su hijo, en vez de buscar el consuelo que únicamente se halla en el seno de una madre, iba á sepultarse en el fango de aquellas aguas, y á robar la paz del alma, la vida quizá á una anciana que no le había hecho otro daño que darle la vida y amarle sobre todas las cosas del mundo.—Dios no podía abandonar á un hombre honrado, víctima de los demás, y no me abandonó, amigo mío.

Cuando me levanté, después de haber rezado fervorosamente, y al dirigirme casi involuntariamente á la orilla del Canal, oí ruido y volví la cabeza.

Un coche de plaza había parado á alguna distancia, y se dirigía al mismo sitio donde yo estaba una mujer cubierta con velo, y tan distraída que seguramente no me había visto.— Aquella mujer traía evidentemente algún desig-nio.

—¡Luisa! exclamé al verla junto á mí, recono-ciendo en ella á la dama joven graciosa de mi compañía.

Ya recordará V. que ésta pasaba por hija de aquella señora que no había papel de su gusto para la niña, como ella decía, y que tantas veces la reconvénia por corta de genio y obediente.

—¿Qué viene V. á hacer aquí?

—¡Soy muy desgraciada! me contestó.

Nos salvamos mutuamente, amigo mío.

Para abreviar, sólo diré á V. que la pobre jo-ven huía de su madrastra, que no era otra cosa aquella mujer: la proponía una especulación vergonzosa, que su hermoso corazón y sus reli-giosos sentimientos rechazaban.

La conduje á lugar seguro, y la autoridad pro-tegió aquella buena alma contra las asechanzas de su infame madrastra.

Hoy está ajustada en los teatros de provincia y casada con un estudioso actor.

—Yo, amigo mío, huí de Adela, después de haber asegurado su subsistencia por cuatro ó seis meses, gracias á un amigo de mi madre, que me facilitó algún dinero, y corrí á los brazos de

ésta, donde encontré consuelo para mis males presentes y aliento para el porvenir. Mi madre murió pronto.

Cuando volví á Madrid, Adela se hallaba en Londres haciendo las delicias de los ingleses, que depositaban á los pies de la bailarina española su gravedad y sus libras esterlinas.

Yo vivo desde entonces con un empleo de 8.000 reales, que nunca me falte, amigo mío.— Cuando hay una función buena compro una butaca y voy á verla y aplaudirla; pero no he vuelto á verme entre bastidores.

Y aquí, si V. no dispone otra cosa, pondremos fin á la historia del *Caballo Blanco*.

FIN







1058739



60984 81800